

El regreso de los militares veteranos de guerra de Malvinas a la Armada: entre el ocultamiento, el silencio y el aislamiento. El caso de los marinos del Apostadero Naval Malvinas

Andrea Marina Rodríguez

páginas / año 7 – n° 13 / ISSN 1851-992X / pp. 55-78 / 2015

<http://paginas.rosario-conicet.gob.ar/ojs/index.php/RevPaginas>

páginas

Revista digital de la Escuela de Historia
Universidad Nacional de Rosario

El regreso de los militares veteranos de guerra de Malvinas a la Armada: entre el ocultamiento, el silencio y el aislamiento. El caso de los marinos del Apostadero Naval Malvinas ¹

Andrea Belén Rodríguez

CEHEPyC/UNCOma-UNS-CONICET

Resumen

El artículo aborda la inmediata posguerra de los integrantes el Apostadero Naval Malvinas –una unidad logística naval– durante el Conflicto del Atlántico Sur. En concreto, analiza las experiencias de regreso a la Armada de los cabos, suboficiales y oficiales que integraron ese destino, al tiempo que reconstruye las políticas implementadas por la fuerza en la recepción y reinserción de quienes habían combatido. Parte de la hipótesis que en un contexto de profundo desprestigio militar, el silencio, ocultamiento y aislamiento de los veteranos de guerra fue lo que primó al interior de la Marina con el objeto de tratar de combatir los múltiples conflictos que estallaron con la derrota militar, producto no sólo de las responsabilidades de la guerra en las islas sino también de las violaciones a los DD.HH. que las FF.AA. habían cometido en los '70.

Palabras claves

Posguerra de Malvinas, experiencias, regreso, marinos, Armada Argentina

Abstract

The article is about the immediate postwar of the sailors that served in the Apostadero Naval Malvinas –a naval logistics unit– during the South Atlantic Conflict. In particular, it analyzes the experiences of return to the Navy of the corporal, non-commissioned officers and officers that had served this destination, while reconstructs the policies implemented by the naval force at the reception and reintegration of those who had fought. This paper is based on the hypothesis that in a context of deep military discredit., silence, secrecy and isolation of war veterans was what prevailed in the Marine in order to try to fight the many conflicts that appeared after the defeat, product not only of the war responsibilities but also of the violations of humans rights that the military had committed in the '70s.

Keywords

Malvinas' postwar, experiences, return, sailors, Argentine Navy

¹ Una primera versión de este trabajo fue presentada en las *VI Jornadas de Historia de la Patagonia* realizadas en la Universidad Nacional del Comahue del 12 al 14 de noviembre de 2014.

El regreso de los militares veteranos de guerra de Malvinas a la Armada

Introducción

El impacto de la derrota en las islas del Atlántico Sur fue demoledor para las FF.AA. en el poder. Si la guerra había sido el último recurso de una dictadura en crisis para recuperar su legitimidad, después del cese del fuego el 14 de junio de 1982, la Junta Militar cayó en su propia trampa.² Ni bien conocidas las noticias de la rendición en el continente, el régimen militar comenzó su derrumbe (que finalmente no fue tan abrupto como esos primeros días de posguerra hacían suponer). Incluso antes de que regresara la mayoría de los combatientes a fines de junio, el general Galtieri se había visto obligado a renunciar a la presidencia, los desacuerdos por elegir a su sucesor habían llegado a escándalos públicos y la Junta Militar se había disuelto por primera vez luego de 6 años de gobierno. En paralelo, las demandas de amplios sectores sociales por la “verdad” de la guerra se comenzaron a transformar en pedidos más generales para que las FF.AA. rindieran cuentas por su participación en otros acontecimientos del pasado reciente (sin dudas, el principal fue la demanda por el esclarecimiento de los crímenes cometidos en los ‘70), mientras los cuestionamientos inter e intrafuerzas por las responsabilidades por la derrota estallaban públicamente. Los primeros días tras la rendición, la situación de las FF.AA. era de una extrema debilidad.

En este contexto, el regreso de los combatientes en una guerra mal planificada y conducida significaba una amenaza para unas FF.AA. cuestionadas por doquier. Una amenaza doble: si sus voces comenzaban a circular podían, a la vez, alimentar la indignación social y profundizar el descrédito de las instituciones castrenses. Eran los testigos de la derrota y del pésimo accionar de las FF.AA. en el campo mismo de su *expertise*; representaban, desde la perspectiva de los altos mandos, un factor más de desestabilización al exterior e interior de las filas castrenses. Ante estos peligros potenciales, las FF.AA. optaron por lidiar con la derrota de la misma forma que habían enfrentado otros acontecimientos del pasado reciente: refugiando bajo un manto de silencio tanto la guerra como las

² Tengamos en cuenta que para el año 1982 el régimen militar enfrentaba una grave crisis económica, social y política, cuyos síntomas habían comenzado a evidenciarse con las denuncias por las múltiples violaciones a los DD.HH. que había cometido la dictadura, sumadas a una creciente movilización antidictatorial, en el marco de un gobierno inconstitucional con graves falencias administrativas e institucionales. En ese contexto, el desembarco en Malvinas el 2 de abril –una causa nacional arraigada en gran parte de la sociedad– aparecía como la oportunidad perfecta para recuperar la legitimidad perdida por el régimen y promover la unidad nacional. De hecho, el conflicto gozó de un amplio respaldo social, que fue permanente durante gran parte de la guerra. Finalmente, la derrota bélica y sobre todo las denuncias de las tremendas improvisaciones e irregularidades que había caracterizado al conflicto, dio el golpe de gracia al régimen, impulsó las denuncias de los crímenes cometidos por esas mismas FF.AA. en los ‘70 e inauguró un largo período de desprestigio militar (Marcos Novaro y Vicente Palermo. *La Dictadura Militar. 1976-1983. Del golpe a la restauración democrática*. Buenos Aires, PAIDÓS, 2003; Federico Lorenz. *Malvinas. Una guerra argentina*. Buenos Aires, Sudamericana, 2009). Sobre la planificación y desarrollo del conflicto, ver: Comisión de Análisis y Evaluación de Responsabilidades del Conflicto del Atlántico Sur (CAERCAS). *Informe Rattenbach*. 1983. Disponible en: <http://www.casarosada.gov.ar/component/content/article/108-gobierno-informa/25773-informe-rattenbach>

condiciones en que habían llegado a la derrota y sin asumir las responsabilidades correspondientes. El mandato de silencio, el ocultamiento y el aislamiento de los combatientes en una guerra de la que ahora parecían avergonzarse fue una verdadera política institucional seguida por las tres armas. ¿Cómo vivieron los militares que combatieron en las islas estas situaciones? ¿Qué esperaban o anhelaban en el retorno a sus ámbitos profesionales? ¿En qué acciones concretas se encarnaron esas políticas de silencio, ocultamiento y aislamiento y cómo impactaron en las vidas e identidades de los militares veteranos de guerra?³

Con el objeto de explorar estas problemáticas, el presente trabajo pretende reconstruir y analizar el regreso de un grupo de marinos a la Armada. Se trata de los cabos, suboficiales y oficiales que integraron el Apostadero Naval Malvinas, una unidad logística naval que fue creada específicamente para la guerra el 2 de abril de 1982 y que existió hasta la rendición.⁴ El trabajo oscila entre dos niveles de análisis, que dialogan entre sí: en el plano de los sujetos, busca reconstruir las experiencias de la inmediata posguerra de ese grupo de militares veteranos de guerra, centrándose en sus regresos a los ámbitos navales; en el plano institucional, pretende analizar las políticas implementadas por la Armada en la recepción y reinserción de quienes habían participado en la guerra, articulándolas con el contexto de producción.

El estudio de caso del Apostadero permite iluminar de forma integral y multiseccional la situación de los militares veteranos de guerra en el contexto tan particular de la temprana Transición, atravesada por los conflictos y fricciones producto de los dos acontecimientos clave protagonizados por las FF.AA. en tiempos recientes: la victoria en la “guerra antisubversiva” y la derrota en la guerra de Malvinas –desde la óptica militar. Es, además, una problemática que

³ Los términos “veterano de guerra” y “ex-combatiente” son propios de diversas memorias de Malvinas en distintas épocas históricas (Rosana Guber. *De chicos a veteranos. Memorias argentinas de la guerra de Malvinas*. Buenos Aires, Ed. Antropofagia, 2004; Federico Lorenz. *Las Guerras por Malvinas*. Buenos Aires, Edhasa, 2012). Sin embargo, sus diferencias, que fueron y son relevantes para las dirigencias de las agrupaciones de ex-combatientes, no lo han sido para las bases, ni para el Estado y la opinión pública, que normalmente usan ambos términos como sinónimos. Como en su mayoría los miembros del Apostadero no establecen una diferenciación, aquí son utilizados indistintamente.

⁴ El Apostadero Naval Malvinas fue la primera unidad de la Armada creada durante la guerra con el objetivo de organizar las instalaciones portuarias de las islas. La misma estaba emplazada en la capital de Malvinas y llegó a estar conformada por 200 miembros aproximadamente. Entre ellos se encontraban: civiles y militares, profesionales y militares de carrera, en su mayoría de especialidades técnicas, básicas y de servicio; por tanto, se trataba de personal logístico, no combatiente. Sus integrantes se dedicaron a diversas tareas pero principalmente su función fue estibar la carga de los buques que llegaban a las islas y realizar guardias en el pueblo. Una treintena de ellos peleó en el frente de batalla en la península Camber. El 14 de junio la unidad dejó de existir, pero no así los lazos que constituyeron entre ellos ya que desde 1983 muchos de sus integrantes se encuentran cada año en las tradicionales “reuniones de camaradería” del Apostadero en Buenos Aires. Para la guerra y posguerra del grupo Apostadero, ver: Andrea Belén Rodríguez. *Guerreros sin trincheras. Experiencias y construcciones identitarias de los integrantes del Apostadero Naval Malvinas en el conflicto del Atlántico Sur*. Tesina de Licenciatura, Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, 2008. Disponible en: <http://argentinainvestiga.edu.ar> y *Entre la guerra y la paz: la posguerra de los ex-combatientes del Apostadero Naval Malvinas. Experiencias, identidades, memorias*. Tesis doctoral, Universidad Nacional de La Plata, 2014.

El regreso de los militares veteranos de guerra de Malvinas a la Armada

prácticamente no ha sido abordada en el campo de la historia reciente argentina ni en el de los estudios sociales de las FF.AA. Si la guerra de Malvinas es un objeto marginal en dichos campos académicos, sin dudas la posguerra del Atlántico Sur lo es más aún. Se analiza sí la Transición –por la nueva presencia de las demandas de las violaciones a los DD.HH. en la esfera pública– y lo que implicó la derrota en las islas para la vida política de la dictadura e institucional de las FF.AA., sin embargo poco se ha estudiado sobre uno de los actores principales en ese contexto de posguerra: los ex-combatientes, y menos aún sobre la situación de los militares de la derrota al interior de unas FF.AA. en crisis.⁵

El artículo se basa principalmente en fuentes orales. Se trata de 14 entrevistas semiestructuradas a personal de cuadro de diverso rango, realizadas en Bahía Blanca, Punta Alta y Ciudad Autónoma de Buenos Aires entre el 2007 y 2012.⁶ Asimismo, hace uso de una autobiografía escrita por un cabo integrante de la unidad, de un informe oficial presentado por el jefe del Apostadero a la Marina, y de prensa y otras publicaciones periódicas civiles y militares para reconstruir el contexto de posguerra y sobre todo las políticas vinculadas a la guerra y los veteranos implementadas por la Armada.

⁵ Para un estado de la cuestión sobre la guerra de Malvinas y un análisis de su marginalidad en los estudios de historia reciente, ver la presentación de este Dossier y el artículo de Federico Lorenz: “El malestar de Krímov. Malvinas, los estudios sobre la guerra y la historia argentina reciente”. *Estudios*; N° 25, Enero-Junio 2011. Para una síntesis del campo de estudio sobre las FF.AA. en el presente, ver: Germán Soprano. “Los militares como grupo social y su inscripción en el Estado y la sociedad argentina. Batallas intelectuales y políticas por la construcción de un objeto de estudio en las ciencias sociales”. *Revista Digital Universitaria del Colegio Militar de la Nación*; Buenos Aires, Año 8, N°22, Septiembre 2010. Por otro lado, no existen estudios sistemáticos sobre la posguerra de los militares combatientes al interior de las FF.AA. Sólo hay breves referencia en la obra de Lorenz (*Las guerras por Malvinas*, op. cit.) y de Guber (*De chicos a veteranos...*, op. cit.) como parte de un trabajo más amplio sobre las experiencias y memorias de guerra en Argentina.

⁶ Con respecto al *corpus* de testimonios, estos fueron recabados por la autora en entrevistas individuales, excepto un caso que se realizó a dos compañeros de guerra y amigos en la actualidad. La mayoría (9) nació en la provincia de Buenos Aires o en Capital Federal, y el resto en las provincias de Santa Fe (2), Salta (2) y Río Negro (1). En la guerra, de los 14 entrevistados, 8 eran cabos (1 voluntario; 1 de sanidad), 1 suboficial y 5 oficiales (2 eran profesionales de sanidad), y en su mayoría en 1982 estaban trabajando en la Base Naval de Puerto Belgrano, excepto por 3 casos que estaban en diversos destinos en Capital Federal y La Plata. Excepto el personal de sanidad, todos se dedicaron a actividades técnicas en la guerra, y de ellos, además, 5 fueron tripulantes en buques y 1 estuvo en el frente de batalla. Respecto a la posguerra, 2 entrevistados pidieron la baja ni bien regresaron del conflicto, 8 se retiraron y 4 aún estaban en actividad al momento de la entrevista. Actualmente, la mayoría pertenecen a clase media, pero en sus orígenes en 6 casos es clara su pertenencia a sectores populares (todos ellos ingresaron a la carrera de suboficial). En cuanto a sus lazos con los compañeros de guerra, 9 participaron alguna vez en las reuniones del Apostadero (los 5 que no asistieron se debe a la ignorancia de la existencia de estos encuentros; a partir de las entrevistas para esta investigación algunos de ellos comenzaron a asistir) y por lo menos 4 se han involucrado con cierta regularidad en organizaciones de veteranos desde los 2000. Asimismo, presentaré a cada uno de los entrevistados la primera vez que sean mencionados.

Mandatos de silencio y conflictos

Los integrantes del Apostadero regresaron al continente, en su mayoría, el día 20 de junio a bordo del buque hospital Bahía Paraíso. Aunque algunos pocos habían retornado unos días antes en el buque Almirante Irizar y otros lo hicieron en calidad de prisioneros de guerra en la nave inglesa Norland el día 21, junto a las tropas de Ejército. En el largo recorrido de regreso desde que arribaron al continente en alguna ciudad patagónica –Punta Quilla (Santa Cruz), Puerto Madryn (Chubut)– hasta llegar a sus correspondientes destinos militares –Edificio Libertad (Capital Federal) o Base Naval Puerto Belgrano (Buenos Aires)–, los civiles y militares miembros de la unidad debieron enfrentar tanto los ocultamientos de sus retornos a la sociedad como los mandatos de silencio con el objeto de encubrir las condiciones en que regresaban, mejorar su imagen y evitar que difundieran información sobre el desempeño militar en las islas.⁷

Lo cierto es que el ocultamiento de su regreso a la sociedad fue una situación vivida por los combatientes de todas las fuerzas en general. De hecho, allí donde hubieron, las recepciones oficiales a quienes habían luchado se realizaron en ámbitos militares que no estaban abiertos al público. Aún en el presente, los militares miembros del Apostadero, como todos los protagonistas, reclaman indignados que regresaron de la guerra “de noche y por la puerta de atrás”. No hay en ello nada particular ni del Apostadero ni de los militares combatientes. Por caso, el oficial retirado y bioquímico Roberto Coccia señala dolido cómo los escondieron en el retorno:

Llegamos a Espora, nos bajaron, nos hicieron esperar, en Espora, se hizo oscuro y nos llevaron a Campo Sarmiento [en la Base Naval Puerto Belgrano], ahí nos tuvieron ¿para qué? A escondidas como todo el mundo, si nos escondieron a todos, y allá nos tuvieron como no sé hasta qué hora de la noche, mis viejos estaban esperando afuera, porque sabían que llegábamos.⁸

Muchos recuerdan estas largas horas de espera hasta que finalmente los trasladaron hasta sus destinos militares en colectivos navales “para que no nos escapemos”, evoca amargamente el entonces cabo Ramón Romero.⁹ Sin poder ver a

⁷ Por las desintelencias, imprevisiones y errores en la planificación logística y estratégica, las condiciones en que regresaron numerosos combatientes fueron deplorables: en muchos casos, afectados de pie de trinchera, con los uniformes hechos jirones y con varios kilos debajo de su peso normal (incluso, hubieron casos de desnutrición).

⁸ Roberto Coccia, Bahía Blanca, 04/08/2007. Roberto nació en Roca (Río Negro) en 1949, y se recibió de bioquímico en los '70. En 1982, era oficial de sanidad y su actividad principal en la guerra fue integrar el Puesto de Socorro. Se retiró de la Armada en los '90. Actualmente, vive en Bahía Blanca y trabaja en un laboratorio bioquímico propio.

⁹ Ramón Romero, Bahía Blanca, 22/06/2007. Ramón nació en Santa Fe en 1962. En 1982, era cabo segundo (especialidad: construcciones navales) y trabajaba en la Base Naval Puerto Belgrano. En la guerra, sus principales actividades fueron estibar la carga de los buques, repartir el correo y trasladar aprestos logísticos. Permaneció en las islas desde el 2 de abril hasta el 20 de junio. Pidió la baja de la Armada en 1984/1985. En la posguerra, asistió sólo a dos reuniones del Apostadero.

El regreso de los militares veteranos de guerra de Malvinas a la Armada

sus seres queridos que estaban esperando afuera del cuartel, los combatientes fueron recluidos en un espacio cerrado; en algunos casos por horas, otros por varios días. Mientras los ocultaban a la sociedad, en ocasiones, les intentaron mejorar la imagen, como indica el médico Guillermo Klein: “Ahí nos bañamos, ahí entró...después nos enteramos, que hubo una lavada de cara, nos ofrecieron ropa, y para bañarse y qué se yo. Yo la ropa no me la cambié, me quedé con la mía, no había mucha ropa me parece realmente, nos ofrecieron remeras limpias, toallas limpias. Nos bañamos, comimos.”¹⁰ Y también les tomaron declaración sobre su accionar en la guerra: “Y en Puerto Belgrano fue lo que siempre más me dolió de todo esto. (...) Llegamos a Espora, y yo lo que quería era irme a mi casa, y de ahí nos llevan a Campo Sarmiento (...), y ahí nos empiezan a ver qué problemas tuvimos, qué hicimos, qué no hicimos, contamos todo lo que habíamos hecho y lo que no habíamos hecho.”¹¹

Pero el ocultamiento fundamentalmente tuvo otro objetivo. Al igual que las otras fuerzas¹², la Armada también intentó imponer silencio a los ex-combatientes sobre sus experiencias en las islas. Si bien el mandato de silencio no distinguió jerarquías entre los miembros del Apostadero, sí existieron distintas formas de imponerlo según los rangos y la condición de concripto o militar. Si entre los civiles bajo bandera el pedido de no hablar de la guerra se enmascaró como una sugerencia o recomendación en charlas más bien informales (Rodríguez, 2008), entre el personal de cuadro el carácter de obligación no dejó lugar a dudas en el marco de una cultura institucional caracterizada por la verticalidad y la subordinación. De hecho, para los cabos rigió una orden explícita que les prohibía hablar sobre lo que habían vivido en la guerra, como evoca Guillermo Ni Coló:

Actualmente, vive en Bahía Blanca, trabaja en el Polo Petroquímico y participa activamente en el Centro de Veteranos de Guerra de la ciudad.

¹⁰ Guillermo Klein, Bahía Blanca, 28/09/2007. Guillermo nació en Bahía Blanca (Buenos Aires) en 1954 y a fines de los '70 se recibió de médico. En 1982, era un joven oficial de sanidad (teniente de fragata) y su destino era el Hospital de la Base Naval Puerto Belgrano. En la guerra, integró el Puesto de Socorro y permaneció en las islas desde la primera semana de abril hasta el 21 de junio. Ni bien regresó, pidió la baja de la Armada. Actualmente, trabaja en el Hospital del V Cuerpo del Ejército como médico civil y en su consultorio privado. En los '80, participó en la Agrupación de Ex-combatientes bahiense. Hasta el 2010, sólo había asistido una vez a las reuniones del Apostadero.

¹¹ Daniel Blanco, Bahía Blanca, 26/12/2007. Daniel nació en Bahía Blanca (Buenos Aires) en 1960. En 1982, era cabo segundo (especialidad: maquinista) y su destino era la Base Naval Puerto Belgrano. Se ofreció para ir voluntario a la guerra y permaneció en las islas del 29 de abril al 20 de junio, operando las lanchas de desembarco. En 2010, aún estaba en actividad en la fuerza. Recién en 2009 fue por primera vez a las reuniones del Apostadero. A mediados del 2000, se acercó a la Unión de Suboficiales Veteranos de Guerra bahiense.

¹² Las directivas que el Comandante en Jefe del Ejército dio sobre la recepción de los combatientes son más que elocuentes sobre la intencionalidad militar: “1) Traslado del personal hasta la escuela de suboficiales Sargento Cabral, sin contacto con familiares ni prensa. 2) Formación de recepción en la escuela, a cargo del Comandante de Instituto Militares [Calvi], quien será el único autorizado para dirigir la palabra al personal. Dichas palabras deberán ser muy prudentes y no pronunciar los términos valor, heroísmo o similares... 3) Informar a familiares y prensa que en no menos de veinticuatro horas se podrá tomar contacto. 4) Preparar personal de diferente grado, bueno, vivo, a instruir bien, para que respondan en reunión de prensa a los corresponsales de guerra exclusivamente, a preguntas ya preparadas de antemano. No al llegar, sino después” (Martín Balza. *Malvinas. Gesta e incompetencia*. Buenos Aires, Atlántida, 2003, págs. 234-235).

Al rato volvió el capitán y nos comunicó que nos llevarían a nuestros respectivos domicilios. (...) El mismo capitán nos acompañó hasta la salida y nos pidió un minuto de atención para decirnos: “Tengan en cuenta que ustedes van a ser requeridos por el periodismo. Tienen terminantemente prohibido hacer declaraciones acerca de las cosas que vieron, hicieron o pasaron en Malvinas”.¹³

Las palabras que le dijeron al entonces cabo principal Ricardo Rodríguez son suficientemente elocuentes sobre la intención de la fuerza de ocultar a la sociedad su pésimo desempeño para evitar profundizar el desprestigio que ya recaía sobre las FF.AA.: “sabemos que no comían bien, sabemos.... pero de eso no se habla”.¹⁴ Así como en esos casos la prohibición fue sólo una orden oral dada por un superior, en otros, ésta fue reforzada por una declaración escrita que los recién llegados debían firmar comprometiéndose a no hablar, y, en ocasiones, fue acompañada de una amenaza hacia sus seres queridos. Ramón Romero, cabo durante la guerra, recuerda dolido esa situación:

Nos llevaron a Campo Sarmiento, que era en Puerto Belgrano, un galpón enorme, y nos sentaron a todos en el piso alrededor del galpón. Y en el galpón así en el medio, había como... como mesitas, así, como de escuela, pupitres, así, con dos sillas, con un militar de inteligencia. Y te sentaban a vos adelante, el tipo escribía, te tomaban declaración de todo lo que habías hecho, de qué habías visto, qué opinabas, después te terminaban de tomar declaración, firmabas la hoja, y decían “De esto, no se habla con nadie, esto se tiene que olvidar, recuerden que tienen familia”. Una amenaza viste, como que te podía pasar algo si hablabas de eso, “No se habla con la prensa ni con la familia, ni con nadie”.¹⁵

Así como la gran mayoría de los cabos sostienen que existió un mandato explícito de silencio –en sus distintas formas–, Abel Mejías (17/11/2007) –cabo en

¹³ Guillermo Ni Coló. *64 Días Muerto. Relatos de un veterano de guerra*. Buenos Aires, Dunken, 2004, pág. 64. Guillermo Ni Coló nació en Saladillo (Buenos Aires) en 1961. En 1982, era cabo segundo (especialidad: maquinista-motorista) y su destino era la Escuela de Mecánica de la Armada. En la guerra, realizó diversas actividades como integrante del Apostadero y luego fue tripulante de la goleta Penélope. Permaneció en las islas desde el 14 de abril al 18 de junio. Ni bien regresó, pidió la baja de la Armada e ingresó en el Congreso, donde trabaja en el presente. Luego, se recibió de abogado. Desde principios del siglo XXI, ha participado asiduamente de las reuniones del Apostadero.

¹⁴ Ricardo Rodríguez, CABA, 27/11/2007. Ricardo nació en Vicente López (Buenos Aires) en 1951. En 1982, era cabo principal (especialidad: furriel) y su destino era la Base Naval Puerto Belgrano. En la guerra, se desempeñó como traductor y enlace en la estación de servicio de Puerto Argentino y permaneció en las islas desde el 12 de abril aproximadamente hasta el 20 de junio. En 2001 se retiró de la Armada, pero siguió trabajando hasta tiempos recientes en el laboratorio de Idiomas de la fuerza. Desde los '90 ha asistido frecuentemente a las reuniones del Apostadero, y participa activamente en la agrupación de veteranos de guerra de San Martín.

¹⁵ Ramón Romero, Bahía Blanca, 22/06/2007.

El regreso de los militares veteranos de guerra de Malvinas a la Armada

1982, hoy suboficial en actividad– no recuerda una orden clara al respecto, pero sí una sensación “como que quedaba algo interno, la ropa sucia se lava en casa.”¹⁶

En el caso de la oficialidad superior, la situación fue distinta. Si bien también permanecieron horas declarando ante un oficial de inteligencia, ellos no recibieron ningún tipo de advertencia explícita. No era necesario, ya eran condiciones sabidas para los que hacía años eran parte de la fuerza, como se evidencia en el relato del oficial retirado Hugo Peratta (19/10/2007):

Hugo: Yo, por disciplina en ese momento le contaba al que le tenía que contar, no a cualquiera que me pregunta “Che, ¿qué pasó?” “No, pará, lo que yo sé es muy importante”

Andrea: Pero no te lo dijeron, ¿el almirante que te tomó la declaración a vos te dijo “De esto no hablés”?

Hugo: No, el tipo sabe [que no debe hablar], o un suboficial tampoco.¹⁷

Ante la prohibición de hablar sobre sus experiencias, el personal de cuadro reaccionó de diversa forma. Mientras algunos naturalizaron el mandato por formar parte de una cultura institucional de silencio que habían internalizado hace años; otros acataron la orden, aunque con bronca e indignación, e incluso algunos se enfrentaron levemente a sus superiores. Por ejemplo, Ricardo Rodríguez se negó a firmar cualquier tipo de planilla luego que le tomaron declaración sobre su accionar en la guerra.

La actitud de Ricardo es sólo un leve indicio de un clima de conflictividad al interior de las FF.AA. característico de la posguerra. Como indicamos, a las demandas de amplios sectores sociales hacia las instituciones castrenses, no sólo por su responsabilidad en la derrota en las islas sino también por los crímenes que habían cometido en los '70, se sumaron las acusaciones cruzadas entre las fuerzas y los cuestionamientos por sus actuaciones en la guerra. En esta coyuntura en la que las rivalidades interfuerzas estallaron por los “pases de factura” motivados por la derrota y que las rupturas del pacto de silencio eran una presencia casi diaria en la prensa, el desprestigio militar no podía ser mayor. Producto también de que nadie quería asumir los costos de la derrota en soledad, se produjeron múltiples conflictos al interior de cada arma, algunos de los cuales tomaron estado público.

¹⁶ Abel Mejías, Punta Alta, 17/11/2007. Abel nació en Las Toscas (Santa Fe) en 1963. En 1982, era cabo segundo (especialidad: control averías) y su destino era la Base Naval Puerto Belgrano. En la guerra, participó en el desembarco el 2 de abril y luego regresó a las islas el 29 de ese mes y permaneció hasta el 20 de junio, operando las lanchas de desembarco. En la posguerra, se recibió de analista de sistemas. Actualmente, aún está en actividad en la Armada, y además tiene un taller mecánico en su hogar. No ha participado en las reuniones del Apostadero porque desconocía su existencia.

¹⁷ Hugo Peratta, Bahía Blanca, 19/10/2007. Hugo nació en Capital Federal en 1939. En 1982, vivía en Bahía Blanca, era oficial (teniente de fragata con la especialidad de técnico electricista) y su destino era el Crucero General Belgrano. En la guerra, su principal actividad fue organizar el puerto y combatir en la península Camber. Permaneció en las islas desde el 2 de abril hasta el 20 de junio. En 1985 se retiró de la fuerza. En 2007, trabajaba en una empresa de seguros en Bahía Blanca. Desde mediados de los 2000, ha participado en algunas reuniones del Apostadero.

El panorama de la posguerra era de una profunda corrosión de la autoridad militar.¹⁸

En el caso de los ex-combatientes, ellos regresaban de la guerra con miles de interrogantes por la actuación de la propia fuerza en la contienda y, en general, por el sentido del conflicto, de su propio sacrificio y de la muerte de sus compañeros. Situaciones de cobardía, miseria, abusos de autoridad o exigencias de nimiedades incomprensibles en tiempos de guerra, habían sido frecuentes en el conflicto, además de la pésima organización estratégica y logística general de la contienda, de la que algunos de ellos fueron no sólo espectadores sino que también sufrieron en carne propia.¹⁹

No sólo los jóvenes bajo bandera, también el personal de cuadro de rangos inferiores y medios habían sido testigos del mal desempeño de algunos superiores en la guerra y se reintegraban a la Armada con indignación y bronca con aquellos que no se habían comportado a la altura de las circunstancias, incluso poniendo en riesgo su propia vida. Por ejemplo, el oficial Hugo Peratta, que cuando fue a la guerra tenía una trayectoria de casi 30 años en la institución, regresó con un sabor amargo en la boca debido a su frustración profesional por haber sido enviado a combatir en el frente de batalla en la península Camber, función para la que no tenía ningún tipo de preparación, luego de años de formación en otra especialidad:

Hoy yo te dije que la Armada me había preparado durante 30 años para apoyo en la parte técnica en los barcos y en lo aviones, ¿no? Además era el tipo de más grado de esa especialidad y el que más experiencia tenía, por haber estudiado en el extranjero, y por ser el más antiguo de todos [...]. Entonces, yo pensaba que si en algún momento de mi vida, iba a haber una guerra yo iba a estar en el lugar para lo cual me había preparado la Armada, era para reparar los barcos, para que los barcos pudieran tirar, pudieran navegar [...]... A mí no me preparó la Armada para pelear con un grupo en tierra, para tirar con fusil, nada de eso. Entonces, desgraciadamente después de los primeros días de Malvinas, uno de mis superiores me envió al frente del combate, con 100 tipos. [...] A mí estuvieron 30 años preparándome para trabajar con equipos eléctricos especiales, muy especiales, después de haber estudiado tantos años en Europa. [...] Al final terminé en un frente de combate que me enseñaban cómo se tiraba con un fusil, porque yo no sabía tirar.²⁰

Otros retornaron con una angustia y bronca a duras penas contenida con sus superiores en el continente por haber sido enviados a las islas para cumplir una función para la que no estaban preparados, cuando había otros militares de mayor rango con más experiencia y formación disponibles. Guillermo Klein, el oficial y médico encargado del Puesto de Socorro del Apostadero en la guerra, que sólo hacía tres años que había ingresado en la Armada, explica su indignación con los

¹⁸ Para la situación de las FF.AA. en la inmediata posguerra, ver: Horacio Verbitsky. *La posguerra sucia. Un análisis de la transición*. Buenos Aires, Legasa, 1984; Paula Canelo. *El proceso en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone*. Buenos Aires, Prometeo, 2008.

¹⁹ CAERCAS. *Informe Rattenbach*, op. cit.; Rodríguez. *Guerreros sin trincheras...*, op. cit.

²⁰ Hugo Peratta, Bahía Blanca, 11/09/2007.

El regreso de los militares veteranos de guerra de Malvinas a la Armada

encargados de Sanidad Naval y con sus superiores del Hospital Naval de Puerto Belgrano, donde trabajaba:

Yo me sentí muy mal manejado por lo que se llamaba la Sanidad Naval [...]. A mí me mandan a Malvinas, yo era médico del Hospital Naval, me mandan solo [...]. Y yo fui a hacerme cargo como médico del Apostadero Naval. Nunca, nunca tuve relación ni comunicación con el Hospital Naval de Puerto Belgrano, o sea, nunca un jefe mío me llamó ni me mandó... bueno, llamar, obviamente no se hablaba por teléfono, pero nunca recibí un mensaje, nunca recibí un telegrama. [...] Si fuera un director de un hospital, y mando un tipo a la guerra, lo mínimo que hago es ver cómo está el tipo. [...] O sea, eso generó un gran disgusto en mí, es decir como diciendo la... la responsabilidad del superior, yo era un tipo, era pollito, calculá, tenía 27, 28 años y era teniente de fragata. El agravante, encima, cosa que me... hasta el día de hoy tengo mucha bronca con eso, yo estaba en tercer año de marino, de carrera, era clínico, no era cirujano, había médicos que habían hecho la especialidad como médico de sanidad en combate, había médicos que habían ido a Europa. Me acuerdo en ese momento, no sé si era el director o el subdirector del hospital naval [...] había hecho la experiencia de medicina de guerra en Francia, y el tipo no apareció por Malvinas. Era como decir... flaco es una vergüenza.²¹

Esta sensación de desengaño y decepción con la propia fuerza –o, mejor dicho, con algunas personas concretas–, cuando no de bronca e indignación, provocó cuestionamientos a las jerarquías militares y abiertos enfrentamientos con aquellos que no habían participado en el conflicto –y por lo tanto no eran reconocidos como pares–, o que, habiendo participado, no habían tenido una actuación honorable. Ahora los ex-combatientes se enfrentaban a sus antiguas escalas de autoridad, pues otros valores y pautas morales forjados al calor de la guerra se consideraban prioritarios. Antes que por la antigüedad, el rango y la edad, el respeto a la autoridad pasaba mucho más por haberse desempeñado acorde con las circunstancias en el conflicto, manteniendo la camaradería con sus compañeros, apoyándose mutuamente y compartiendo los elementos materiales y simbólicos aún en las peores situaciones de escasez y riesgo de la propia vida. Como indica Rosana Guber:

El temor a los actos de insubordinación de parte de quienes fueran los subalternos en el campo de batalla estaba a la orden del día. Como en toda guerra, Malvinas había dado lecciones de valor y cobardía, atributos que no siempre corresponden al grado militar y que no suelen advertirse en el desempeño rutinario en tiempos de paz. Soldados, suboficiales y jóvenes oficiales recordaban, primero en privado y luego públicamente, los abusos de autoridad y actos injustos, el miedo y la depresión que cundía entre los superiores ante la mirada perpleja de sus subordinados en las islas. Al regresar a sus unidades, los suboficiales y oficiales inferiores y medios traían el sabor amargo de la derrota para, otra vez, someterse al principio de antigüedad y jerarquía aún ante quienes no habían pisado Malvinas o ante quienes

²¹ Guillermo Klein, Bahía Blanca, 17/08/2007.

no habían estado a la altura de las circunstancias. Las nociones de autoridad y obediencia que sustentan la cadena de mandos en una institución militar estaban en seria crisis.²²

Estos enfrentamientos que se habían dado en el transcurso de la guerra, y sobre todo luego de la rendición, se multiplicaron e hicieron mucho más frecuentes desde que los veteranos pisaron el continente. En la inmediata posguerra, muchos militares denunciaron abiertamente a sus superiores en las declaraciones que realizaron ni bien regresaron, testimonios que luego serían utilizados por las comisiones investigadoras de la fuerza.²³ En efecto, el oficial Hugo Peratta denunció a quienes lo habían enviado a combatir a Camber sin considerar su especialidad. Si bien los integrantes de la comisión “lo escucharon atentamente” mientras explicaba su caso, no tuvo ningún tipo de respuesta: “¿Y qué me van a decir? No tienen contestación.”²⁴

Asimismo, el capitán Adolfo Gaffoglio –el jefe del Apostadero– fue lapidario con la actuación de la fuerza y la planificación del conflicto por los altos mandos en el informe sobre su desempeño que presentó a la Armada en agosto de 1982. En el mismo, Gaffoglio se adelantaba a las conclusiones a las que arribarían las comisiones investigadoras tiempo después con el objeto de hacer frente a los posibles cuestionamientos a su actuación:

En el caso especial del Apostadero Naval Malvinas deben resaltarse los siguientes hechos:

- a) En ninguna hipótesis de conflicto se previó el empleo de la ARMADA contra la Marina británica.
- b) En los planes de Operaciones se consideró como sumamente improbable que en caso de conflicto Gran Bretaña adoptase la capacidad del enemigo más peligrosa de “Reconquistar las islas empleando todo su potencial bélico”. Sin embargo se aceptaba que de emplearse esta capacidad por el enemigo, impediría el cumplimiento de la misión.
- c) Según CASTEX “La consideración de las eventualidades del conflicto y de las operaciones que deben encararse, induce a elegir las bases que es conveniente poseer y su organización forma parte de la preparación del futuro teatro de operaciones, del cual es el complemento indispensable de todo plan bien concebido.”

²² Rosana Guber. *De chicos a veteranos...*, op. cit., pág. 36.

²³ Cada una de las fuerzas constituyó comisiones para investigar su desempeño en las islas, determinar las responsabilidades por la derrota y las condecoraciones por las actuaciones excepcionales, paso previo para establecer los ascensos y pases a retiro correspondientes. La Comisión de Análisis de las Acciones de Combate de la Armada (COAC), además, tuvo por objetivo extraer las enseñanzas correspondientes de la guerra para mejorar la doctrina en todos los niveles. La COAC terminó su actuación en 1986 y como resultado presentó un informe a la cúpula naval de carácter confidencial. Recién en 1998, Horacio Mayorga (un integrante de la COAC) publicó una obra realizada en base a ese informe. Ver: Horacio Mayorga y Jorge Errecaborde. *No vencidos. Relato de las operaciones navales en el conflicto del Atlántico Sur*. Buenos Aires, Planeta, 1998.

²⁴ Hugo Peratta, Bahía Blanca, 19/10/2007.

El regreso de los militares veteranos de guerra de Malvinas a la Armada

- d) Para el Apostadero Naval Malvinas se previó inicialmente (2 de abril de 1982) funciones para prestar apoyo y sostén a acciones de paz o a la capacidad menos peligrosa del enemigo, la de “No intentar la reconquista de las islas” (...)
- e) No se definió ni delimitó, las capacidades ni obligaciones concretas que debía poseer el Apostadero Naval Malvinas.
- f) A partir del anunciado bloqueo naval por medio de submarinos nucleares británicos, fue evidente que la ARMADA había perdido su capacidad ofensiva, que no contaría con un adecuado sostén logístico móvil y no estaría en condiciones de proyectar su poder naval integral.
- g) También a partir de lo anteriormente citado cabía preguntarse cuál debía ser el dimensionamiento del Apostadero Naval Malvinas dado que los requerimientos que le fueron efectuados excedían la organización prevista. Así se prestaron servicios de Apostadero (provisión de víveres, combustible y agua) y otros correspondientes a una Base como ser: brindar seguridad y defensa.²⁵

También aparecieron otros conflictos producto del mal funcionamiento de las comisiones investigadoras. Así se observa en la situación vivida por Sergio Fernández, uno de los cabos más jóvenes de la unidad, que había navegado por cada rincón de las islas en distintos buques menores y había estado bajo ataque en varias ocasiones, quien reclamó ante su jefe en la Base Naval Puerto Belgrano porque lo había pasado “sin novedad” durante la guerra. Como consecuencia debido a la forma algo abrupta del reclamo, terminó: “... 30 días castigado [...] por contestarle mal, que esto y lo otro. ¿Qué le vas a preguntar de Malvinas? Nunca más le pude decir nada.”²⁶

Para tratar de evitar estos conflictos de autoridad, por caso el de los veteranos que expresaban críticas –sea por la falta de reconocimiento a su actuación (Sergio Fernández), sea por la actuación de sus superiores (Hugo Peratta o Adolfo Gaffoglio)–, la fuerza promovió diversas medidas. Por un lado, como indiqué, creó comisiones investigadoras encargadas de esclarecer lo que había sucedido en la guerra y las responsabilidades ante cada situación confusa. En paralelo, la Junta Militar –una vez reconstituida, previo retiro de Galtieri, Anaya y Lami Dozo (los comandantes de la derrota)– impulsó una investigación oficial y para ello creó la Comisión de Análisis y Evaluación de Responsabilidades del

²⁵ Informe de Adolfo Gaffoglio, el Jefe del Apostadero Naval Malvinas, presentado al Jefe del Estado Mayor General de la Armada el 05/08/1982 (Archivo personal). Subrayados y mayúsculas en el original.

²⁶ Sergio Fernández, Punta Alta, 21/12/2007. Sergio nació en Punta Alta (Buenos Aires) en 1964. En 1982, era cabo segundo (especialidad: construcciones navales) y trabajaba en la Base Naval Puerto Belgrano. En la guerra, se desempeñó principalmente como destacamento seguridad del buque Río Carcarañá. Permaneció en las islas desde el 2 de abril al 20 de junio. En 1991, lo dieron de baja de la fuerza y, luego de años de reclamo, en 2001/2002 logró que le otorgaran el retiro. En el año 2007, no se dedicaba a ninguna actividad laboral. Hasta el 2007 no había asistido a ninguna reunión del Apostadero, porque desconocía su existencia. En los '90, participó en algunas agrupaciones de veteranos de guerra de Punta Alta.

Conflicto del Atlántico Sur (CAERCAS), presidida por el general retirado Benjamín Rattenbach.²⁷

Por otro lado, la Armada implementó distintas sanciones a quienes subvertían el orden y cuestionaban la autoridad. La cúpula naval –así como del resto de las fuerzas– fue renovada íntegramente, con lo cual, se retiraron o dieron de baja las máximas autoridades durante la guerra para evitar posibles fricciones. Además, a aquellos combatientes que eran más conflictivos los castigaron con días de prisión o trasladándolos a otros destinos alejados de los centros de poder y de sus antiguos subordinados o superiores.

En efecto, las fricciones recién descritas en el grupo Apostadero dan cuenta de esas sanciones disciplinarias: Sergio fue castigado por 30 días, Adolfo se retiró de la fuerza poco tiempo después de la guerra²⁸ y Hugo fue asignado a un buque que estaba en pésimas condiciones. Sin ningún tipo de consideración por haber estado dos meses y medio en el conflicto, alejado de sus allegados, sus camaradas y con las marcas de la guerra bien frescas –tengamos en cuenta que el destino de Hugo hasta la guerra había sido el Crucero General Belgrano, hundido durante el conflicto con un saldo de 323 muertos–, el oficial fue destinado al buque e inmediatamente salió a navegar:

Lo que me molestó mucho que después de los 15 días de vacaciones que me dieron, no tenía ropa todavía, y me había llegado el pase a otro barco, en vez de dejarme en tierra, para limpiar un poco todas las heridas ¿no? Me mandaron a otro barco, y yo al día que fui, al día siguiente, salí a navegar de vuelta. [...] Eso fue lo que más me molestó, y eso lo dije, lo grité.²⁹

Sin embargo, es importante tener en cuenta que en el caso del Apostadero la dispersión en diversos destinos a lo largo del país no sólo se explica por la intencionalidad de la Marina de desactivar los conflictos y olvidar la derrota, sino también por el particular origen de la unidad. En tanto el Apostadero se había

²⁷ La CAERCAS estaba conformada por dos militares retirados de cada fuerza antes del 24 de marzo de 1976 y fue constituida para responder a la demanda social sobre la guerra. Sin embargo, luego de que la Comisión presentó el informe a la Junta Militar en septiembre de 1983, éste fue declarado confidencial por considerarlo demasiado crítico. No obstante, sólo días después el documento se filtró a la revista *Siete Días*. Su publicación causó una gran conmoción y alimentó el desprestigio militar porque el informe militar era lapidario. En base al mismo, la Junta Militar decidió juzgar a las máximas autoridades responsables de la guerra. El juicio comenzó a fines de 1983, pero la pena final recién se estableció en 1988 cuando los tres comandantes en jefe fueron condenados a 12 años de prisión y destituidos (luego reducida considerablemente debido a los indultos otorgados por el presidente Menem en 1989). El Informe Rattenbach recién fue desclasificado en 2012.

²⁸ En la entrevista, Gaffoglio es renuente a hablar de su posguerra. Si bien no es posible llegar a saber claramente en qué condiciones se retiró o si lo pasaron a retiro, sí es claro que ello está vinculado a sus cuestionamientos por la actuación de sus superiores en la guerra. Al reflexionar sobre su necesidad de hablar del conflicto luego de 30 años de silencio, Adolfo afirma: “Ayer fui a la reunión de mis compañeros, y la mitad, un cuarto de mis compañeros fallecieron, y yo estoy consciente que ya pasó mucho tiempo. Ahora ya pasó la historia de que alguna vez dije algo que cayó mal, pero yo estuve en la guerra, digo, pero cuando yo la leo, esta guerra la ganamos” (CABA, 30/11/2007).

²⁹ Hugo Peratta, Bahía Blanca, 19/10/2007.

El regreso de los militares veteranos de guerra de Malvinas a la Armada

conformado específicamente para el conflicto con personal de los más diversos destinos navales que se conocieron en las islas³⁰, al reincorporarse a la fuerza y regresar a sus lugares de trabajo, los compañeros de guerra naturalmente se dispersaron a lo largo del territorio argentino. Como retomaremos en las conclusiones, ambas variables explican que las sensaciones de aislamiento y soledad sean las más recurrentemente evocadas por los marinos del Apostadero para caracterizar su larga posguerra en la fuerza.

Decepciones y retiros

Desde que se reincorporaron a la fuerza, quienes habían combatido en las islas no recibieron más que desilusiones; el choque entre sus expectativas y la realidad no podía ser más profundo. Si antes de regresar imaginaban y anhelaban que tendrían un reconocimiento por el sacrificio realizado en las islas, tanto por parte de la sociedad en general como principalmente de la fuerza que los había enviado a combatir, tan pronto como pisaron el continente se vieron defraudados.³¹ En la posguerra, la Armada no sólo implementó todo tipo de estrategias para ocultar a los combatientes y silenciar sus vivencias en una guerra de la que ahora parecía avergonzarse, sino que, en ocasiones, brilló por su ausencia o insuficiencia en las medidas de contención, reconocimiento y compensación hacia quienes habían luchado o los familiares de los caídos.

Si las denuncias de los conscriptos del Apostadero sobre las irregularidades e insuficiencias de los actos de homenaje y las ausencia de políticas de salud, contención y reconocimiento pueden no llamar la atención debido a la cultura de maltrato y abuso característica del servicio militar obligatorio³², tal vez sí resulta más sorprendente esas mismas demandas por parte de los militares del grupo. Por ejemplo, tanto civiles como militares recuerdan con indignación algunas situaciones conflictivas vinculadas a la imposibilidad de restituir el armamento con el que combatieron. Al respecto el entonces cabo Abel Mejías evoca:

³⁰ Rodríguez. *Guerreros sin trincheras...*, op. cit.

³¹ Esas sensaciones fueron generalizadas entre todos aquellos que regresaron de la guerra. Un informe de la Comisión Nacional de Ex-combatientes de julio de 1997 sobre la situación en que se encontraban los ex soldados en la posguerra, señala las siguientes cifras bajo el subtítulo "Sensaciones al volver de Malvinas": Alegría, alivio, felicidad por volver: 38%, Desilusión, frustración, defraudación, sensación de inutilidad: 40%, Angustia, dolor, descontento, mal, bajón: 34%, Odio, bronca, indignación: 29%. Comisión Nacional de Ex-combatientes. *Informe Situación General de los Ex Combatientes de Malvinas*. Ministerio del Interior, Buenos Aires, julio 1997, pág. 12 (Archivo personal).

³² Ver: Pilar Calveiro. *Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años 70*. Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, 2005; Santiago Garaño. *Entre el cuartel y el monte. Soldados, militantes y militares durante el Operativo Independencia (Tucumán, 1975-1977)*. Buenos Aires, Universidad Nacional de Buenos Aires, Tesis doctoral, 2012. Disponible en: <http://www.riehr.com.ar/>

Cuando llegamos allá lo primero que me acuerdo es que nos habían preguntado por el armamento, ¿qué armamento?! El armamento lo habíamos dejado allá, si no los íbamos a traer, ¿viste? Y nos cargaban a nosotros porque vinimos...nos fuimos con armamento y vinimos sin armamento. ¡Qué me interesaba el armamento! Ya estaba acá.³³

La tardanza en la restitución de esos elementos que extraviaron en la guerra –de gran relevancia simbólica y material para todo militar– así como el nulo reconocimiento de la pérdida, quedaron grabados en la memoria de muchos cuadros ex-combatientes. El oficial Hugo Peratta vuelve insistentemente sobre ese tema que considera un símbolo de la falta de consideración con que fueron recibidos: “Ningún tipo de apoyo de nada, nada, nada. Al contrario yo perdí mucha ropa civil que tenía a bordo del barco y la ropa interior [...] y nadie me pagó nada. Tenía mis libros que yo había traído de la biblioteca de Alemania, nada, las herramientas que yo tenía, nada. Ningún apoyo nada, nada.”³⁴

En cuanto a las políticas de salud implementadas, la situación de los militares tampoco difiere demasiado de la vivida por los conscriptos. Algunos no tuvieron ningún tipo de estudios, otros sí, pero la revisión médica para aquellos que no sufrían secuelas evidentes fue sólo física y superficial. Ello provocó que los ex-combatientes tuvieran complicaciones de salud físicas y psicológicas graves en la posguerra, que probablemente no hubieran sucedido si hubieran sido tratadas ni bien regresaron como correspondían³⁵, con el dramático corolario de los suicidios. Aunque no existen cifras oficiales, al presente se calcula que más de 400 ex-combatientes de Malvinas se han suicidado en la posguerra, lo que representa una cifra mayor a los caídos en las islas (*Clarín*, 18/07/2013).

Como indiqué previamente, estas situaciones vividas por civiles y militares por igual revelan otras variables más allá del maltrato y abuso característico de la “colimba”, que es necesario tener presentes para comprender la ausencia de la Armada o la insuficiencia de su actuación.

Por un lado, la situación en que se encontraban las FF.AA. nos puede dar algunos indicios que permiten explicar la indiferencia y/o desconsideración con que trataron a los protagonistas del conflicto. Tengamos en cuenta que, en la posguerra, las FF.AA. tuvieron que ocuparse de múltiples tareas que percibían más urgentes. En el marco de un profundo desprestigio militar, la dictadura militar debió abocarse a dos tareas primordiales en la posguerra: la transición a un gobierno democrático, tratando de negociar su participación en el mismo con el escaso poder que conservaban, y la reconstitución de su unidad interna profundamente lesionada por la derrota. Para esto último, la defensa del “triunfo” en la “guerra antisubversiva” –desde su perspectiva– jugaba un rol fundamental, ya

³³ Abel Mejías, Punta Alta, 24/03/2010.

³⁴ Hugo Peratta, Bahía Blanca, 19/10/2007.

³⁵ Jo Stanley. “Involuntary commemorations: post-traumatic stress disorder and its relationship to war commemoration”; en T.G. Ashplant, Graham Dawson y Michael Roper (eds.). *The politics of war memory and commemoration*. Londres y Nueva York, Routledge, 2000; pág. 243.

El regreso de los militares veteranos de guerra de Malvinas a la Armada

que a diferencia de la derrota en Malvinas, la “guerra sucia” era un hecho que no generaba disputas internas³⁶. Sin embargo, las insistentes demandas sociales de revisión y juzgamiento por los crímenes cometidos que amenazaban la estabilidad interna de las FF.AA., motivó que el régimen militar centrara su atención en la defensa de aquel acontecimiento aglutinante al interior de las fuerzas. Frente a estas urgencias, las medidas de contención y reconocimiento destinadas a los ex-combatientes de la derrota quedaron en un segundo plano.

Por otro lado, hay que tener presente que para las FF.AA. la guerra de Malvinas era una experiencia excepcional: había sido la primera derrota militar en el siglo XX en una guerra regular combatida principalmente por civiles bajo bandera. Lo cierto es que para unas FF.AA. sin experiencia bélica, la contención de miles de ex-combatientes que regresaban con las marcas de la guerra era una situación inédita, para la que –en ocasiones– no estuvieron preparadas. En algunos casos, porque los errores e irregularidades que caracterizaron el accionar militar luego de la rendición producto de las fallas en la organización durante el conflicto, se heredaron en la posguerra, como en la construcción del listado de ex-combatientes, plagado de inexactitudes (y aún hoy pendiente de depuración). En otros, porque la estructura militar no dio abasto para contener a la cantidad de combatientes que regresaban. Esto fue evidente en el ámbito de sanidad y otros servicios sociales, ya que si bien las FF.AA. establecieron pensiones para familiares de los caídos –cuando estaban a su cargo– e indemnizaciones o subsidios extraordinarios para los heridos o incapacitados física o psicológicamente (*Clarín*, 16/11/1982), e incluso cada arma implementó un sistema de salud, que incluía a los ex-soldados que habían participado en la guerra, el servicio fue completamente insuficiente ante la gran demanda que enfrentaba y terminó restringiéndose a los casos más graves.³⁷ En tanto el Apostadero había sido una unidad relativamente privilegiada en la que sólo había habido unos pocos enfermos, y casi ningún herido, sus integrantes estuvieron completamente excluidos del servicio de salud.

Sin embargo, en otras ocasiones, el nulo reconocimiento y/o consideración hacia los cuadros que habían permanecido por más de dos meses y medio en las islas fue patente, y nada tuvo que ver con la falta de formación o con la incapacidad de la estructura militar. Pero sí con una serie de imágenes que traía aparejada la condición de ex-combatiente al interior de la fuerza. Para muchos militares que habían permanecido en el continente, ellos eran –ante todo– los culpables de la derrota. La concentración de la responsabilidad de la derrota en los ex-combatientes no sólo fue una estrategia política de la dictadura militar; también fue una percepción que se extendió entre las filas militares. Varios integrantes del Apostadero recuerdan que los únicos comentarios de “bienvenida” que recibieron

³⁶ Paula Canelo. *Entre la política y la técnica. Las Fuerzas Armadas argentinas de la refundación a la prescindencia (Argentina, 1976-2011)*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, FLACSO, Buenos Aires, 2006. Mimeo.

³⁷ Para una breve descripción del sistema de salud, ver: Rosana Guber. *¿Por qué Malvinas? De la causa nacional a la guerra absurda*. Buenos Aires, F.C.E., 2001, pág. 119.

por parte de sus compañeros no combatientes fue la acusación por la derrota militar y por su responsabilidad en ella. Sólo por citar dos ejemplos, veamos los testimonios de los entonces cabos Ramón Romero y Raúl Gramajo:

Te tenés que acostumbrar de vuelta, es algo que... te tenés que acostumbrar, porque muchos compañeros que no habían ido es como que te hacían también la diferencia, como que por ahí, irónicamente “¿por qué perdieron?”. Sabías, viste, “pero si vos no estuviste en ningún lado, por lo menos lo que hice lo hice todo, hasta donde yo pude, lo hice todo”.³⁸

Hasta la misma gente nuestra de las fuerzas que estábamos hablando, nos decían “¡uy! si hubiesen ganado, ¿qué hubiesen sido ustedes?”. Mirá... esas cosas, terribles, te duelen eso en muy profundo, que te digan eso “si hubiesen ganado, ¿qué serían ustedes?”. Pero viste, yo creo que la nación y la Armada te preparan, ¿para qué? Para defender tu himno, tu Patria, no a otra cosa, y ahí estuvimos, no sé si la suerte o desgracia, porque todos no pudieron ir, otros quisieron ir, otros no quisieron ir, ¿me entendés? Nosotros estuvimos allá.³⁹

Los integrantes del Apostadero ya habían tenido una muestra de cómo los trataría la fuerza en las recepciones en sus destinos el día que regresaron, cuando les exigieron silencio por sus experiencias y, a veces, ni siquiera fueron recibidos por las autoridades. Pero, para algunos, esto fue sólo el comienzo. Por caso, el oficial retirado y bioquímico Roberto Coccia recuerda la forma en que lo trataron sus jefes en el Hospital Naval de Puerto Belgrano a su regreso. Cuando a fines de marzo de 1982 lo convocaron a una misión en el sur –lógicamente todavía no estaba informado del plan de toma de las islas– y le dijeron que iba a tener que hacer análisis de agua para verificar su potabilidad, Roberto inmediatamente fue al laboratorio y tomó una estufa para poder realizar los estudios correspondientes. Ante el reclamo de su jefe cuando se la llevó, la devolución de esa estufa es, para Roberto, la metáfora perfecta de la falta absoluta de preocupación con que los superiores del hospital lo trataron durante la guerra y a su regreso:

Los que llegábamos el domingo, el lunes teníamos que presentarnos a la autoridad en la Base para decir “estamos presentes, volvimos” [...]. Bueno, nos hicieron llenar una pila de papeles que adónde habíamos estado, cómo lo habíamos pasado [...]. Dicen “bueno ahora van y se presentan al destino [...] de ustedes y les informan que están de vuelta y que tienen 10 días de licencia”. Entonces voy caminando, llevaba la

³⁸ Ramón Romero, Bahía Blanca, 22/06/2007.

³⁹ Raúl Gramajo, CABA, 25/06/2012. Raúl nació en Capital Federal en 1952, pero al poco tiempo se fue a vivir a Santiago del Estero, donde pasó toda su infancia. En 1982, era cabo de sanidad (técnico enfermero) y estaba trabajando en el Hospital Naval de Río Santiago (La Plata) y en el Policlínico Bancario de Capital Federal. En la guerra, asistió como personal de sanidad al buque Monsunen. Permaneció en las islas desde mediados de abril al 13 de junio, cuando regresó al continente prisionero con los combatientes de la batalla de Darwin. En 2003, se retiró de la Armada, antes de terminar la carrera. En 2012, se dedicaba a asistir a los sanatorios del Círculo de Oficiales de Mar en CABA.

El regreso de los militares veteranos de guerra de Malvinas a la Armada

estufita guardada dentro de una bolsa [...]. Entonces voy y me presento al jefe de laboratorio y le digo “doctor, permiso, estoy de vuelta” “¿me trajo la estufa?” “sí, acá la tiene” “¡ah! Bueno, vamos a ir a ver al jefe del departamento” “bueno, doctor”. Caminando. “Está raro usted, lo noto distinto” “sí, doctor”. Llegamos con el jefe del departamento [...]. Entramos, me dice: “bueno Coccia, está de vuelta, se va a tener que reintegrar al trabajo entonces”, “sí, doctor. Doctor, le quiero informar que el comando naval nos ha dado 10 días de licencia y a consideración de la dirección que nos agregue...” “¿pero cómo les van a dar licencia a ustedes?! –dice– Nosotros tres meses trabajando día y noche acá en el hospital y no nos dan ni un día, y a ustedes porque estuvieron allá les dan licencia!”. [...] Así me recibió, vos me preguntás, vos me preguntaste si me preguntó alguien cómo estaba, cómo la había pasado, nunca me preguntaron nada. Lo único que me dijeron es que estaba distinto. Seguí trabajando, seguí mi vida (Roberto Coccia, 04/08/2007).⁴⁰

Además, cuando retornó, Roberto se enteró por su esposa que durante la guerra sus jefes en el hospital habían actuado de la misma forma que con Guillermo Klein: sin ningún tipo de contención hacia quienes habían enviado a combatir y sus familias:

Tres meses, nadie del hospital [...] se preocupó por preguntarle si necesitaba algo [a su señora], ni la vinieron a ver para preguntarle si precisaba alguna cosa, o algo. No les importó nada. O sea, que cuando vos escuchás [...] “abandono de los conscriptos”, nosotros también tuvimos, muchos de nosotros pasamos por la misma situación, ¿estamos? Entonces, nadie... ¿sabés por qué cobraba yo? Porque el contador del hospital era amigo de mi cuñado [...], entonces, él venía a traerle la plata acá, todos los meses, mientras yo no estuve, venía a traerle la plata. [...] Pero del hospital nadie se preocupó por mí, ni por mí ni por familia, por mí ya no había manera de solucionarlo, ni por mi familia. Eso es gravísimo, así qué puedo sentir yo: bronca.

La indiferencia y falta de consideración hacia el personal que había combatido en la guerra parece haber sido la política llevada adelante por los superiores del Hospital Naval de Puerto Belgrano. La recepción de Guillermo Klein en su destino fue similar a la de Roberto. Luego de reprenderlo por no haberse presentado al día siguiente de su regreso, su jefe se negaba a reconocerle los días de licencia que le correspondían, aduciendo que faltaba personal ya que sus compañeros estaban de vacaciones. Parecería que para los superiores del hospital, la legitimidad de la ausencia de aquellos que habían sido convocados para la guerra era exactamente la misma que la de aquellos que se habían ido de viaje de placer.

Me presento de traje el subdirector, un reverendo pelotudo, me dice “Dr. Klein, ya estábamos a punto de pasarlo ausente sin aviso, creíamos que era desertor”, y yo lo miré. “Mire, señor –le digo– [...] Vengo de Malvinas, ahora no voy a desertar, por favor ¿qué me está diciendo?!”. Ahí si tenía alguna duda que yo iba a pedir la baja,

⁴⁰ Roberto Coccia, Bahía Blanca, 04/08/2007.

me la sacaron en ese momento, viste. Bueno, la cuestión es que me mandan a personal militar, ahí en el Hospital Naval, me daban 15 días de licencia solamente. [...] “No, mire –le digo– anote que me voy hoy, y me corresponde, un día cada tres, estuve 75, así que me corresponden 25. Pero sabe qué, voy a venir antes del [...] 9 de julio, porque voy a pedir la baja”. Y me presenté justamente para pedir la baja. Cuando me presenté que vine de licencia me enchufaron de guardia al toque. Yo hago la guardia con zapatos marrones porque mis zapatos quedaron en Malvinas, cuando me presenté que hago el cambio de guardia, me dice “doctor, ¿no tenía zapatos negros para ponerse?” “no, los está usando un *kelper*” le dije. No, ¡tremendo! [...] Pero vos fijáte me querían dar 15 días porque había muchos médicos de licencia, [...] de vacaciones de invierno estaban. Y después dice “no, pero sabe cómo trabajaron acá, que estuvieron a pleno” [...]. No y yo estaba allá, viste, de terror. No, nos negaron, no, realmente, nos negaron muchísimo.⁴¹

Ante esta falta total de respeto –“desprecio” en términos de Roberto Coccia–, Guillermo optó por dejar la fuerza. Cuando comunicó su decisión a sus superiores, el director del hospital le solicitó que le indicara cuáles eran los motivos. Sin pelos en la lengua, Guillermo explicó todo lo que pensaba y si bien en ese momento recibió un cierto reconocimiento por parte del director, de todas formas no revirtió su decisión:

El director del hospital [...] cuando yo pido la baja, me llama para explicarle los motivos, y yo se los canté: “Mire, no me siento cómodo, ustedes me desprotegeron, el hospital...”. Y me dice: “Bueno, usted siéntase que usted es un héroe, lo que usted pida cuando llegue...” ... porque yo le critiqué la parte de la jerarquía porque dice “Cuando usted llegue a mi lugar va a poder cambiar el sistema”. “Mire, yo no voy a llegar nunca a su lugar porque me van a echar antes. Y antes de que me echen, me voy”. Así en un diálogo medio grosero.⁴²

De hecho, por estos conflictos y fricciones que protagonizaron algunos cuadros veteranos, quienes habían participado en la guerra eran vistos como desequilibrados por su actitud de enfrentamiento a ciertas normas y pautas de autoridad que percibían sin sentido o con las que no estaban de acuerdo, pero además por situaciones concretas de combatientes que regresaron con graves secuelas psicológicas. Las noticias que aparecían en la prensa de situaciones violentas que los involucraban y de los primeros suicidios alimentaban esas imágenes, que rápidamente pasaron a ser parte del sentido común (*Clarín*, 18/11/1982; *Somos*, 17/12/1982). Para quienes decidieron irse de la fuerza y que, por ende, cuestionaban el funcionamiento de la institución, la sensación de ser percibidos como parias y estigmatizados como “loquitos de la guerra” fue una presencia constante:

⁴¹ Guillermo Klein, Bahía Blanca, 28/09/2007.

⁴² Guillermo Klein, Bahía Blanca, 30/03/2010

El regreso de los militares veteranos de guerra de Malvinas a la Armada

Te diría así para que quede bien graficado: yo creo que a partir que pedí la baja, yo fui un paria. La pedimos yo y otro amigo mío que ya sabía que se iba a ir de baja, que era el traumatólogo que había estado en el Irizar. Y te puedo asegurar que en la mesa, que íbamos a comer a la mesa de oficiales ahí en el comedor, era como que nosotros dos comíamos solitos aparte. Para que te dé una sensación, digo, no era tan así. Era como “guarda, que este está loco, y este se va”.⁴³

Frente a la situación que se encontraron en la posguerra, muchos militares ex-combatientes optaron por pedir la baja de las fuerzas. En el caso del Apostadero, Guillermo Klein no fue el único en tomar esa decisión. El cabo Ramón Romero también pidió la baja cuando regresó debido no sólo a la falta de reconocimiento de su experiencia, sino principalmente a su desilusión por el mal desempeño de la Armada en la guerra, o, por lo menos, de algunos de sus superiores que no habían estado a la altura de las circunstancias:

Hasta el '85 estuve en Marina, y cuando finalicé el contrato me fui de baja, en un gran porcentaje por lo que pasó en Malvinas, ahí es como que me desilusioné. Lo que me gustaba de alma la carrera militar, o sea me gustaba, no es que entré, a pesar de que entré por una posibilidad de estudiar y de progresar, me gustó, me gustó. Pero, lo que hicimos en Malvinas, me desilusionó, y cuando finalicé el contrato, no lo renové.⁴⁴

Luego, Ramón ejemplifica cuáles fueron aquellas actitudes de sus superiores de las que fue testigo y que lo instaron a irse de la fuerza:

Ramón: Un tipo [...] Malos tratos, y era un chupamedia de los oficiales, y... de lo peor. Y cosas que vos veías que no... [...]. Más en ese momento, donde vos tenés que convivir con todos, que es lo mismo, que él dependía de mí, y yo de él. Viste, vos en ese momento dependés de tus compañeros por más jerarquía que tenga o que seas un soldado conscripto. Vos en ese momento sos uno igual que el otro viste. Donde había casos que te... que importaba más tu presencia personal que te hayas afeitado, trajeron un cargamento, uno capaz enorme, de máquinas de afeitar, y no tenías por ahí de repuesto para el fusil o.... Viste había cosas que...

Andrea: Incoherentes

Ramón: Incoherencias, porque está bien que vos estés presentable pero también dame los medios para que mi arma esté en condiciones, viste son cosas que no... y eso viste son cosas que después uno... te resienten, son cosas que... son cosas de las que me hicieron cambiar la idea de seguir en la Marina.

Luego de casi 25 años en la Marina, el entonces suboficial Oscar “Tío” Luna decidió pedir el retiro de la fuerza cuando regresó de Malvinas. Varias situaciones que había vivido en Malvinas –similares a las “incoherencias” que explicaba Ramón– lo instaron a cuestionarse el profesionalismo de la Armada y el sentido de

⁴³ *Idem*

⁴⁴ Ramón Romero, Bahía Blanca, 22/06/2007. La próxima cita refiere a la misma entrevista.

la guerra, pero el elemento determinante de su decisión fue otro: la imposibilidad de ascender. Oscar había tenido un conflicto con su superior antes de la guerra, y como consecuencia lo asignaron a un destino donde no tenía perspectivas de crecimiento y le “cortaron” la carrera, como se dice en la jerga militar. Luego de la guerra, si bien él tuvo un gran desempeño en las islas y así constó en el informe que presentó su superior en Malvinas, la foja de concepto anual quedó manchada por el enfrentamiento previo al conflicto bélico. Ante la imposibilidad de revertir la situación y la aparición de oportunidades laborales fuera de la fuerza, Oscar no dudó en irse: “Como yo ya tenía en vista otros trabajos que eran más rentables, y ya no quería estar más bajo el mando de militares [...], porque después de las Malvinas se me vino así una cosa de por qué hicieron eso. Más me enojé cuando me hicieron el concepto”. Además: “ya no quería saber más nada de la Marina”.⁴⁵

A modo de conclusión: Los militares ex-combatientes y la Armada en la larga posguerra

Desde los primeros días del regreso y con el objeto de evitar los conflictos posMalvinas, la Marina implementó una serie de políticas de silencio, aislamiento y ocultamiento de los ex-combatientes, que en ocasiones fueron aceptadas a regañadientes con indignación, bronca o resignación por los protagonistas, y en otros casos fueron cuestionadas a viva voz. De hecho, en la decisión de varios integrantes del Apostadero de retirarse o darse de baja de la fuerza pesaron no sólo los cuestionamientos a la actuación de la Marina en la guerra, sino también a su ausencia en el reconocimiento y contención de los veteranos en la posguerra.

En efecto, la intención de que la derrota, o más bien los derrotados, pasaran inadvertidos dentro y fuera de la Armada fue una continuidad del modo en que la fuerza resolvió el particular dilema que significó el regreso de los testigos de la rendición y la presencia entre sus filas de los sobrevivientes de un conflicto profundamente cuestionado por lo menos hasta los 2000. Si en la temprana posguerra el repudio social de un conflicto visto como una “aventura militar” o “guerra absurda” fue lo que primó⁴⁶, a partir del vigésimo aniversario del conflicto se produjo un viraje en el mapa de luchas por la memoria de Malvinas que implicó una relegitimación oficial de la guerra, la causa nacional y los veteranos⁴⁷, que tuvo efectos también al interior de las FF.AA. con la implementación de políticas de reconocimiento de sus ex-combatientes y su ascenso a espacios de mando.

⁴⁵ Oscar Luna, CABA, 26/06/2012. Oscar nació en Cachi (Salta) en 1939/40. En 1982, era suboficial (especialidad: maquinista) y su destino era el Centro Naval en el Tigre. En la guerra, fue uno de los tripulantes de la goleta *Penélope*. Ni bien regresó, se retiró de la Armada, y comenzó a trabajar en distintas ocupaciones civiles vinculadas a su especialidad. En 2012, trabajaba en la Comisión Nacional de Energía Atómica. Desde principios del siglo XXI, ha asistido asiduamente a las reuniones del Apostadero. Desde tiempos recientes, participa en la Asociación de Veteranos de Guerra de Malvinas

⁴⁶ Rosana Guber. *¿Por qué Malvinas?...* op. cit.

⁴⁷ Federico Lorenz. *Las guerras por Malvinas*, op. cit.

El regreso de los militares veteranos de guerra de Malvinas a la Armada

En los '80 y '90, obligada a enfrentar tantas tensiones y conflictos a la vez en el “frente interno” y “externo” producto de los efectos de “ambas guerras” –la “sucia” y la “limpia”–, la Armada intentó primero silenciar el conflicto y a los ex-combatientes, y luego otorgarle un claro sentido a la guerra de Malvinas, que le permitiera a la vez “enfriar” los cuestionamientos por la derrota y mostrar un costado presentable para rehabilitar su imagen. Para ello, construyó una memoria oficial en términos nacionalistas tradicionales, percibiendo a la guerra como “gesta” –por haber sido en defensa de la causa nacional de soberanía– y a los ex-combatientes como “héroes” por haberse sacrificado por la Patria, que no tuvo repercusión en el espacio público –y que no podía ser de otra forma, en un contexto de fuerte desprestigio militar. Además, cumplió con los ritos de rigor para homenajear a los caídos y los sobrevivientes. Entre mediados de 1982 y 1983, realizó diversos actos y reuniones en los que se entregaron las condecoraciones correspondientes a los ex-combatientes civiles y militares, a los familiares de los caídos y a las unidades que participaron en el conflicto; e incluso, incorporó nuevas efemérides al calendario naval.

Sin embargo, esa política pública de la memoria de la guerra y los caídos en la larga posguerra, no fue acompañada por un reconocimiento hacia los sobrevivientes del conflicto. Lo cierto es que ante la urgente tarea de enfrentar los múltiples conflictos surgidos por su principal reivindicación (la de la “guerra sucia”), y de negociar/presionar para evitar la revisión y el juzgamiento del pasado represivo⁴⁸, las políticas de contención, compensación y reconocimiento hacia los que eran vistos como los responsables de la derrota quedaron en un segundo plano. Si bien, como señalé previamente, en la inmediata posguerra la Armada realizó diversos actos en homenaje a los ex-combatientes, e inclusive uno en particular fue destinado al personal que integró el Apostadero Naval Malvinas y los buques de pequeño porte (*Gaceta Marinera*, 11/05/1983), ésta fue la única medida tomada por la institución que da cuenta de un reconocimiento o un trato diferenciado destinado al personal que estuvo en las islas. De allí en más, la guerra y los caídos eran recordados en forma pública en las múltiples conmemoraciones que jalonan el calendario naval, pero en la cotidianeidad de los sobrevivientes del conflicto al interior de la fuerza nada había cambiado. Malvinas se refugiaba bajo un manto de silencio y el aislamiento de quienes habían participado en la guerra era la pauta.

Paulatinamente, un denso silencio sobre el conflicto se fue extendiendo en las filas navales. Los militares integrantes del Apostadero coinciden con Abel Mejías al afirmar que de la guerra “nunca se habló a nivel Armada”.⁴⁹ El propósito de silenciar la guerra por parte de la Armada trajo aparejado un intento de desdibujamiento de la identidad de ex-combatientes, de desaparecerlos como grupo social, al diseminarlos y distribuirlos en diversos destinos al interior de la

⁴⁸ Para la situación de las FF.AA. desde la transición al presente, ver: Paula Canelo. *Entre la política y la técnica...*, op. cit.

⁴⁹ Abel Mejías, Punta Alta, 17/11/2007.

fuerza. Es por ello que además de “indiferencia”, “aislamiento” es el término que los militares integrantes del Apostadero repiten una y otra vez para hacer referencia a su situación en la larga posguerra dentro de la Marina; y fuera de ella también. Para el resto de la sociedad, y peor aún para la propia fuerza que los había enviado a luchar, “su” guerra parecía no haber sucedido. La sensación era la de ser una presencia-ausente para los “otros” militares no combatientes –pero también, aunque no fue el objeto de este trabajo, para los civiles–: “no existíamos” coinciden los protagonistas.⁵⁰ Además, considerando las imágenes sociales que estaban asociadas a la condición de ex-combatiente, o los “pases de facturas” que tenían que soportar por la derrota, muchos de los protagonistas también optaron por no hablar, no “mostrarse” públicamente y ocultar su identidad, haciendo así más denso el silencio reinante.

Si uno de los efectos buscados por la última dictadura militar, mediante la implementación del terror, fue el arrasamiento de las identidades sociales, la disolución de lazos afectivos, y el aislamiento o ensimismamiento de los individuos⁵¹, el caso de los ex-combatientes no es más que otro espacio donde aplicó esta lógica e intencionalidad para evitar asumir los costos de la derrota. Mediante los mandatos de silencio, el ocultamiento y el aislamiento, la Armada instó a desintegrar los vínculos sociales aún entre aquellos camaradas marcados por la guerra. Si entre los ex-conscriptos ello no parece haber dado demasiado resultado, porque más allá de las persecuciones a las agrupaciones de ex-soldados combatientes por “subversivas” y las prohibiciones de sus actos y desfiles⁵², los jóvenes “ex-colimbas” continuaron reuniéndose y buscándose en la posguerra, en la población de militares veteranos de guerra parece haber sido otro el impacto.

De hecho, si tenemos en cuenta las vivencias de posguerra del personal de cuadro del Apostadero, el intento de “borrar” o de instarlo a ocultar su identidad parece haber dado resultado ya que muchos de ellos no volvieron a tener contacto entre sí hasta mucho tiempo después del conflicto, excepto por aquellos que tenían relaciones preexistentes o que compartían el destino por azar. Otros nunca volvieron a verse hasta la actualidad. Tanto los miembros de la unidad que permanecieron en actividad como los que optaron por irse de la fuerza afirman haber tardado por lo menos 15 o 20 años en hablar de su experiencia; muchos de ellos recién en los últimos años empezaron a participar en organizaciones de veteranos y a involucrarse en acciones para difundir “la causa” y la guerra, pero

⁵⁰ Esa frase aparece en numerosos testimonios de militares: Daniel Blanco, cabo, 25/11/2010, Daniel Peralta, cabo, 25/03/2010, Guillermo Klein, oficial de sanidad, 20/03/2010 y Raúl Gramajo, cabo, 25/06/2012.

⁵¹ Marcos Novaro y Vicente Palermo. *La Dictadura Militar...*, op. cit.; Pilar Calveiro. *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires, Colihue, 2006.

⁵² Tengamos en cuenta que, por un lado, la dictadura militar prohibió las movilizaciones y actos convocados por las mismas entre 1982 y 1983 (*Clarín*, 03/04/1983). Por otro, la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA) realizó una sistemática persecución de estas agrupaciones y guardaba cantidad de carpetas con información de su accionar bajo la categoría “Delincuencia Subversiva” (Federico Lorenz. *Las guerras por Malvinas*, op. cit., pág. 224).

El regreso de los militares veteranos de guerra de Malvinas a la Armada

también para luchar por sus derechos. El único espacio colectivo que parece haber logrado cierta persistencia de los lazos afectivos son las reuniones anuales de camaradería del Apostadero⁵³, que si bien fueron fundadas por los “ex -colimbas” en 1983, a partir de fines de los ‘80 comenzaron a ser frecuentadas por algunos militares aislados, y a principios del 2000 fueron copadas por muchos marinos que buscaban el reencuentro con sus camaradas luego de años de soledad y silencio.

⁵³ Para la historia de las reuniones del Apostadero, ver: Andrea Belén Rodríguez. “Las construcciones identitarias del colectivo Apostadero Naval Malvinas en la posguerra. Un recorrido por el/los ‘nosotros’ (1983-...)”. *Páginas. Revista Digital de la Escuela de Historia*; Facultad de Humanidades y Artes, UNR, N°8, 2013.